

RECENSIONES

JUAN NUÑO Y LA LITERATURA DE BORGES

Hay una diferencia importante entre el título de la primera aparición del libro de Juan Nuño *La filosofía de Borges*, publicado por el FCE en 1986, y *La filosofía en Borges*, con el que reaparece en Ediciones Reverso (Barcelona, 2005); el primero sugiere cierta mitificación, se apoya en el apriorismo (¿existe una filosofía de Borges?) y se encadena a una proposición: el autor debe mostrar el funcionamiento y las dimensiones de la filosofía del escritor argentino; el segundo, más ajustado a la intención de la obra, sugiere sólo la posibilidad de un determinado saber, el filosófico, en manos del autor de *Ficciones*, y una puerta por la que penetra el pensador hispano-venezolano para hablar de filosofía e iniciar la discusión. Éste es el camino adoptado.

Juan Nuño (Madrid, 1927-Caracas, 1995) es uno de los filósofos en lengua española capaz de plantarse en el idioma sin el mínimo temor a la hora de enhebrar un pensamiento que habla de las más diversas corrientes, y de hacerlo sin desatender el tiempo histórico en el que se inscribe. Juan Nuño pertenece a la estirpe de los exiliados españoles. Es más joven que los que llegan a América en torno a 1939 y puede contar con un lenguaje filosófico conquistado por varias generaciones, con Unamuno y Ortega y sus inmediatos artífices «transerrados», José Gaos, Eugenio Imaz, María Zambrano y, sobre todo, Juan David García-Bacca. Sucede a Juan David García-Bacca en la cátedra de Filosofía Antigua en la Universidad Central de Venezuela y aprende del autor de *Introducción literaria a la filosofía* a pensar sin excesiva pudibundez, con

desparpajo, y a permanecer atento a lo que sucede en las sociedades marcadas por el desarrollo económico y tecnológico, y que convierte a los seres en «uno más, uno de tantos». Carece, sin embargo, del poso cristiano de aquél. Con Gaos puede compartir el conocimiento de Heidegger, aunque Nuño subraya la condición de «ex rector nazi de la Universidad de Friburgo» y está muy alejado de los «sistemas». Con Imaz, que había traducido a Dilthey, puede compartir la convicción de que la filosofía no puede desprenderse de las circunstancias en que surge por mucho que se enmascare en la abstracción. Con éstos, y sobre todo con Zambrano y García Bacca, advierte la necesidad de volver al comentario y el reencuentro con los textos. Hay, no obstante, una diferencia esencial en *La filosofía en Borges*. Juan Nuño no retrocede o cede la palabra para promover un desplazamiento hermenéutico. No aparecen aquí Hölderlin, Mallarmé, Nietzsche, Calderón o San Juan de la Cruz, arrancados de su gravitación poética para decir nuevas cosas en relación con el lenguaje, con la ontología o para insertarlos en una filosofía hispánica. Juan Nuño es conocedor de las tradiciones que atraviesan la obra de Borges, pero no accede a ésta con el fin de mostrar cómo el pensamiento se alza en la palabra fundacional e interroga por el vértigo del ser o por su fundamento. Nuño deja atrás la exégesis y, también, la instrumentalización que provoca la hermenéusis que mira con soberbia al pasado; no va en busca de una tabla de salvación para entrever la crisis ontológica, metafísica, o la explosión de la barbarie en la historia contemporánea.

Juan Nuño observa la construcción en torno a unas pocas ideas y arquetipos, y siente una

extrañeza: «El hilo conductor de los temas por el que se ha dejado guiar esta lectura es el extraño platonismo de Borges. Una suerte de platonismo a medias, como si Borges prefiriera quedarse en la destrucción del mundo sensible y apenas evocara, y no siempre, la plenitud del reino de las Ideas». El platonismo y sus tradiciones han sido grandes temas de la literatura filosófica en América. García-Bacca traduce una selección de *Enéadas* en México D.F., edita más tarde en Buenos Aires *Introducción general a las Enéadas*; Juan Nuño publica en Caracas y México D.F. *El pensamiento de Platón*. De manera natural, entonces, Nuño recorre los pasillos de los edificios imaginarios borgesianos. El recorrido es riguroso e implacable en nueve capítulos que, en tradición hermética, se constituyen en un recorrido circular y en un análisis del *inferno* del idealismo. El filósofo hispano-venezolano cruza por los pasajes de *Historia de la eternidad*, *Ficciones*, *Otras inquisiciones*, *Siete noches*, relatos y poemas, y diserta sobre los temas recurrentes, «los espejos abominables», las bibliotecas, los mil y un mundos, la paradoja, la alteridad y la memoria, la «refutación del tiempo».

Si el autor avanza por estos temas con extrañeza, lo hace con un distanciamiento que le aleja de la mitificación y de la exégesis de raíz heideggeriana; y de la veneración ante una palabra fundacional (San Juan de la Cruz visto por García-Bacca y por Zambrano). No puede ser de otro modo. Nuño es, como Borges, un escéptico, aunque lo es desde la ladera de la crítica contemporánea que desaloja la creencia y expone al escritor, al pensador, en el vacío de sus propias figuraciones. Nuño recorre un enorme edificio en el que sólo están grabados relatos e imágenes en los muros, en los techos, en los lienzos, y en los que se escucha el silencio y las ocultas cadencias de la soledad. De forma radical se propone desnudar la apariencia. Trampa insalvable, adentrarse en los pasillos y vetustos salones de Borges es exponerse a adoptar una máscara, una figuración. Se hace fuerte, sin embargo, en el manejo riguroso de una prosa adiestrada en el ejercicio de la crítica.

Platón y las hipótesis plotinianas, San Agustín, Schopenhauer, Berkeley, Hume, constituyen los asideros en los que pueden apoyarse

el universo arquetípico y las ficciones del argentino, aunque también circulan referencias a Keats, Coleridge, Yeats, Kafka o Thomas Mann. Con el idealismo en sus diversos ramajes pretende elevarse por un instante la literatura de Borges y Nuño la explora en diversos niveles, a veces, en el campo puramente filológico para desvelar la escasa solvencia de algunas fuentes (Aristóteles traducido del francés por Patricio de Azcárate). La obra está llena de motivos que se interrelacionan y que se hallan en contigüidad permanente.

La unidad y la dispersión, el Uno y la multiplicidad, el salto de lo inteligible a lo sensible, están dibujados en los relatos borgesianos. El terror a la copia y al espejo que, como en la fábula cavernaria, reproduce cuanto pasa ante él se evoca en cada mansión, a veces de manera casi caricaturesca: «todos los hombres, en el vertiginoso instante del coito, son el mismo hombre». El esfuerzo de sortear los límites de la percepción para comprender el funcionamiento del edificio está asimismo presente. El largo pasillo del tiempo, que abre la posibilidad del infinito o a un dominio de pureza idealista, lo traspasa casi todo. Y junto a ello, el sujeto, la memoria y, cómo no, el lenguaje que sirve de soporte entre lo sensible y lo inteligible y que ha terminado por convertirse en zona de peligro y de extravío.

La filosofía en Borges dibuja el rostro de un pensamiento que no deja de mirar, a pesar de la gran grieta, ese otro lado que quedó atrás y del que se alimentó el idealismo del siglo XIX y sus postrimerías. El libro de Juan Nuño es una suerte de retrato de la filosofía de una época que acaba de despedirse de las ensoñaciones del pasado y que halla en Borges al personaje arquetípico, y con él la ficción de un viejo relato que se ha vuelto cada vez más agudo y refinado en sus ejercicios de intelección hasta el punto de volverse en objeto de culto estético. Nuño elige a Borges como Borges se elige a sí mismo para emprender el juego de un conocimiento anclado en la abstracción, en la especulación, en el universalismo y en la nostalgia de un mundo inteligible abandonado por el solipsismo crítico, por la racionalidad, por el empirismo, y por el hallazgo de que lo visible y su lectura, la naturaleza, el lenguaje y sus fulguraciones, han entrado a for-

mar parte de las alteraciones y del desorden del mundo contemporáneo.

Desde este otro lado la reflexión sobre el lenguaje surge desde el comienzo en *La filosofía en Borges*. El idealismo de Tlön (aplicación literaria del de Hume) es una consecuencia ontológica del todo fluye heracliteano. «Se carece —señala el filósofo venezolano— de referencias fijas, cartesianas, de puntos de apoyo, de estabilidad sustancial» y el lenguaje se despliega en la temporalidad, sucesivo, bajo un idealismo dinámico que expulsa el carácter sustantivo y que borra las entidades estables, predicables. La luna, entonces, puede ser tomada en su curso y designada como «aéreo-claro-oscuro-redondo» o «anaranjado-tenué-del cielo». El lenguaje en pendiente temporal salta por los aires y se multiplica sin medida. El instrumento del conocimiento comienza a romperse en la ambición de responder a un desvelamiento que se da en el devenir. En «Funes el memorioso» o en «El idioma analítico de John Wilkins» pueden hallarse otras variantes de lenguaje que rompe su cerco y avanza hacia un oleaje incomprensible.

No sólo se trata del tema central de una filosofía contemporánea que debe repasar —y repensar— el medio que produce el conocimiento y los límites de su mundo; ni sólo de la dislocación del vínculo entre palabras y cosas (sobre el que Foucault pensó después de leer a Borges). Nuño observa el dibujo del proceso integral y transita por sus pasillos; atraviesa sus mansiones, estudia sus pilares. Foucault siente «extrañeza» ante la ausencia de espacio que supone la sucesión de palabras en la enciclopedia presente en «El idioma analítico de John Wilkins», lo que sirve de punto de partida a *Les mots et les choses*. Nuño ve cómo se multiplican y desbordan los cercos de la memoria (y del conocimiento) en las voces que quieren dar cuenta de una realidad en permanente cambio. A Foucault le inquieta el desorden espacial y la ausencia de jerarquía. Nuño está más atento al vértigo temporal por el que se cuelan las palabras del argentino. Asimismo cita el relato que dio pie a *Les mots et les choses*, pero ésta es su elección: «no es inconcebible un idioma donde el nombre de cada ser indicara todos los pormenores de su destino, pasado y venidero». El

lenguaje y sus límites pueden ser sobrepasados en un vértigo sin fin. Borges está atrapado por la especulación idealista y por la multiplicación de los espejos que le horrorizan y ante los que remueve obsesivamente las Ideas y los Arquetipos. Borges, con su extraño platonismo, visita los antiguos lugares como Nuño la rara arquitectura de *Historia de la eternidad*.

La multiplicidad de las cosas y los seres, los gestos y los pensamientos emanan del mundo trascendente, pero a su paso se ha descendido por una escalerilla que se tira al evocar el camino y que ya no será utilizada para el retorno. Nuño destaca cómo Borges quiere evitar el solipsismo que abre el «discurso del método» y cómo se enroca en el territorio de la memoria, a la sombra de un idealismo de raíz moderna. En su recorrido advertimos, en efecto, que el argentino prefiere las reproducciones de antiguos pasajes y un individualismo que se adhiere a las percepciones de la inteligencia y que no quiere sustraerse a sus recordaciones, que no desea hacer abstracción de la identidad acudiendo a los pupitres del cartesianismo y adoptando la voz del sujeto al que no afectan las heridas de los años. La identidad y el yo tropiezan entonces con el tiempo. Éste es uno de los temas que se dibujan con mayor o menor intensidad en el periplo de Nuño a través de los nueve círculos borgesianos. Ya sabemos que Borges transita en la alteridad y que en él esto tiene que ver con su platonismo y con su exacerbada percepción del tiempo. Ya sabemos que Borges se encuentra consigo mismo en varias ocasiones de su vida. «No es casualidad —escribe Nuño— que el tema de la identidad asuma en Borges forma de pesadilla especular, repetitiva, en la que el yo se ve desdoblado, multiplicado, alterado, hasta el punto de interrogarse por su alteridad». En su raro platonismo el ser se conserva en su mismidad, la realidad deviene sueño y la propia identidad sólo se aprehende en sus apariciones. Nuño no evoca aquí al profesor de literatura inglesa que explica en la universidad de Buenos Aires al poeta Robert Browning, sus enmascaramientos, su «dramatis personae», ni alude a sus lectores contemporáneos, al Unamuno autor de *El otro* que se había expresado en esta cuerda y al que leyó el argentino; prefiere dejarlo en los dominios de





la filosofía. Recuerda a Schopenhauer y su vanidosa disquisición sobre la identidad: «Me he tomado por otro... ¿Quién soy realmente? ¿Soy el autor de *El mundo como voluntad y representación*, soy el que ha dado una respuesta al enigma del ser, que ocupará a los pensadores de los siglos futuros?». Luego apunta en dirección a la dialéctica hegeliana en clave irónica, evoca algún «esquizoide cuento de Borges» y termina por afirmar la diferencia entre «sentirse» y «ser»: «uno es uno mismo y, a la vez, una multitud de sentimientos que se proyectan, salen de uno y hasta se enfrentan bajo el disfraz de la alteridad». Al fondo, el vértigo metafísico de un neoplatónico en una época que despedaza la unidad y que se resiste a adoptar el atilido del «cogito» cartesiano, esa primera persona del pensar y el existir que garantiza un recorrido y absorbe todas las mutaciones de la identidad o, lo que es lo mismo, ese sujeto que se separa del vértigo de la memoria personal.

Los temas y las representaciones se suceden. Con Nuño visitamos las obsesiones trascendentes, idealistas, que son los círculos del *inferno* imaginario de *Ficciones*, de *Historia de la eternidad*, de *Otras inquisiciones*. El hispano venezolano da cuenta de las ideas recurrentes, del eterno retorno, del sueño de la vida, de las ruinas circulares y llega al final con la refutación del tiempo. Habla del conocimiento como reconocimiento, del platonismo que aún se levanta en Hegel (*kennen=erkennen*); y muestra las trampas de la fe idealista.

La filosofía en Borges es un libro de filosofía. Es un libro para lectores y entendidos de filosofía, pero no en menor medida para aquellos que sepan apreciar la extremada nitidez y el rigor de la prosa de Nuño y para los que quieran conocer ciertos rincones del universo de Borges. El platonismo y el idealismo desvelan la soledad del escritor argentino; también la del profesor y Borges y Nuño son profesores de humanidades en Caracas o en Buenos Aires que distingue las apariciones contemporáneas de la vieja filosofía. Nuño recorre los pasillos de una antigua mansión y encuentra al autor de *El Aleph* reclinado sobre la mesa; describe el gabinete de quien se hace escritor en las primeras décadas del siglo XX. Acaso lo ve con la luz crepuscular que entra

desde la ventana, rodeado de varios libros de *ars memorandi*, un compás, un reloj de arena, como si recrease un cuadro metafísico de Giorgio de Chirico. Así deja al descubierto el andamiaje idealista de quien no desea alejarse de una cultura en estado de senectud, pues lo más fértil del neoplatonismo se ha perdido. El destello de la luz que se extiende desde el Uno hasta el último receptáculo de la materia, la atracción y el furor que provocan, aquella espléndida aseveración plotiniana de que «ningún ojo habría visto el sol si no hubiera nacido parecido al sol»..., casi están desaparecidos; ante tal ausencia, queda el «extraño platonismo»: la abstracción y las ideas, la presencia del filósofo y la melancolía crepuscular, la osamenta que mantuvo el fuego erguido. Borges, a diferencia de tantos poetas, no quiso para sí la llama que sube arborescente, sino algunas ramas caídas para levantar un escenario de espejismos. El lado arrebatador del viejo pensamiento, aquel que le hace decir a Shelley en *A Defence of Poetry* que Platón fue esencialmente poeta, y que a menudo destella en la poesía contemporánea (en Octavio Paz, por citar un ejemplo entre los amigos de Nuño), no puede aparecer en el libro por la simple razón de que no existió en Borges.

¿Qué imágenes enseña, entonces, este libro?

En nota a pie de página Nuño reproduce unas interesantes palabras en francés de Sábato, no sé si conocidas en español, que hablan del eclecticismo borgesiano y de sus limitados conocimientos filosóficos: Borges percibe el mundo del pensamiento como un *amateur* en tienda de anticuario, elige sus objetos con gusto exquisito, y el resultado es una mezcla heteróclita de cosas que difícilmente casan entre sí. Menos riguroso, Nuño aprecia cómo se hace con el mundo de las ideas un espléndido universo literario. Y observa con distancia el difícil *fluir* de la tradición neoplatónica por los cauces de Schopenhauer, Berkeley, Hume, hasta dejar su huella fenoménica en la poderosa escritura de Jorge Luis Borges. Y con ello también enseña un antiguo esplendor que no puede evitar ya la irrupción del solipsismo, de la crítica contemporánea, de un ser que queda transido y exiliado en su mundanidad. El autor de *Sionismo, marxismo, antisemitismo. La cuestión judía revisitada* o de *Ética y cibernética* muestra la

soledad del hermeneuta que visita aún el cerco de la alteridad, pero que no se deja arrastrar por el ardoroso impulso de un banquete amoroso. La oscura cadencia de la soledad se hace constante; el intérprete Borges deambula entre libros y recuerdos en la hora crepuscular de una cultura que está cerca de desatar el cordón trascendente, y se inclina en su gabinete ante instrumentos y herramientas filosóficas extrañas al despliegue económico, tecnológico, histórico de un siglo que

ha hecho todo lo posible para abandonar el pasado. Con Nuño sabemos que «Funes el memorioso» moriría ante computadores, portátiles o mp3 en circunstancias diferentes, como señala en la única concesión humorística de su libro: «Lo curioso es que Borges haga morir a Ireneo Funes de congestión pulmonar. Sonaría más propicia una hemorragia cerebral».

Nilo PALENZUELA